

# LA IZQUIERDA FENG-SHUI

Cuando la ciencia y la razón  
dejaron de ser progres

**MAURICIO-JOSÉ SCHWARZ**

Prólogo de J. M. MULET



*Ariel*

Mauricio-José Schwarz

# La izquierda feng-shui

Cuando la ciencia y la razón  
dejaron de ser progres

*Ariel*

1.ª edición: junio de 2017

© 2017, Mauricio-José Schwarz

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2017: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-2585-9

Depósito legal: B. 9.368 - 2017

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## Índice

Nota del editor . . . . .	9
Prólogo, de J. M. Mulet . . . . .	11
Introducción: Cura en salud . . . . .	15
1. El esoterismo y la pobre ciencia. . . . .	27
2. Con B de Barruel, Blavatsky y Bergier . . . . .	43
3. De Hiroshima a la contracultura . . . . .	79
4. La malvada modernidad. . . . .	125
5. La política de lo personal. . . . .	163
6. Con las cosas de comer... . . . . .	201
7. Los villanos visten de blanco . . . . .	259
8. Las conspiraciones jubilosas. . . . .	315
Tres apuntes sin conclusión . . . . .	369
Agradecimientos . . . . .	381
Notas . . . . .	383

## El esoterismo y la pobre ciencia

No hay preguntas difíciles si uno puede inventarse las respuestas. Los problemas reales comienzan cuando se establecen reglas específicas que se utilizarán para aceptar o rechazar una respuesta.

Inventarse las respuestas ha sido uno de los más rentables oficios de la historia humana. Esto no quiere decir que las respuestas fueran forzosamente caprichosas o gratuitas. En muchos casos, son el resultado de observaciones o sesudas especulaciones. Antes de los primeros filósofos griegos, la gente se conformaba con respuestas como que los relámpagos eran las armas místicas de Zeus, pero hacia el siglo VI antes de la era común (a. e. c.) se empezaron a proponer otras respuestas menos sobrenaturales: Anaxágoras decía que los relámpagos eran fuego que caía desde el éter; Anaximandro, que eran una luz producida al separarse o romperse las nubes; Empédocles afirmaba que se producían cuando la luz chocaba con ellas y desplazaba al aire; Demócrito lo negó y aseguraba que los producía el choque de las nubes.

Todos consideraban que la respuesta «son las armas de Zeus» era ligeramente insatisfactoria, pero ninguno de ellos sabía realmente de qué estaba hablando. Se imaginaban respuestas que se ajustaran a una visión del mundo que se habían creado sin cotejarla con los hechos, tomando fragmentos de la realidad y tratando de encajarlos, con no demasiado rigor, como un rompecabezas.

El esoterismo y el misticismo asumen la existencia de un universo sobrenatural o preternatural basado en creencias religiosas, por lo que tiene cabida incluso Zeus, pero aseguran que pueden desentrañarlo y decodificarlo en términos de la realidad física, de milagros, de enseñanzas que permiten a los seres humanos acercarse a lo divino, ya sea espiritualmente o, de modo más directo, manteniendo un cuerpo sano y digno de un espíritu elevado o bien una relación correcta y armoniosa con todo el universo. Y abordan así preguntas imposibles de resolver si no está permitido inventarse las respuestas, como cuál es el sentido de la vida. Que todos ofrezcan respuestas distintas resulta irrelevante para ellos. El más convincente o carismático, o cuya respuesta guste más, o parezca más empático será elegido como líder espiritual, guía de conducta, maestro místico o vidente preferido de la televisión nocturna. El misticismo es emocionante, cercano y, sobre todo, enormemente sencillo. Está hecho de palabras.

Cuando hay reglas para responder a las preguntas, cuando es necesario probar las afirmaciones, cuando deben presentarse de tal modo que puedan ser verificadas por otras personas independientes, que no crean en los mismos dioses o en las mismas fuerzas místicas, ciertas respuestas empiezan a ser útiles. Son las reglas de la ciencia, que nos permiten llegar a decir: «Los relámpagos son descargas eléctricas que se producen entre las nubes y la tierra». Y son comprobables, como no lo eran la idea de Zeus ni las especulaciones de los primeros filósofos.

Por supuesto, las respuestas basadas en hechos, datos y pruebas son una competencia desleal para quien vende afirmaciones inventadas. Y además son tremendamente molestas. Introducen elementos como la razón, el cuestionamiento crítico y la realidad en una ecuación muy útil antes de la invención de los métodos científicos, y arrebatan clientes y espacio a los místicos y esotéricos, arrinconándolos de un modo que éstos hallan insultante.

Su arma es el enorme atractivo de sus respuestas inventadas, con el mismo poder de fascinación que las obras de la imaginación, la literatura, el cine o el teatro, aunque en su pre-

sentación comercial omiten precisamente que se trata de ficciones, de ocurrencias sin base. «Puedo curar la diabetes con esta pócima mágica de aceite de serpiente» es absolutamente fantástico, pero tiene más gancho que «tu diabetes no tiene curación, pero puedes vivir una vida de calidad si te inyectas insulina entre una y cuatro veces al día».

¿Y esto qué tiene que ver con la política?

Mucho. Porque en política también se dan respuestas sencillas y fantásticas, junto a otras complejas y basadas en la realidad. Y, por tanto, hay políticos dispuestos a decir lo que se quiere escuchar y otros con la audacia necesaria para exponer lo que debe saberse, aunque en muchas ocasiones no sea tan atractivo.

Y los primeros no son precisamente la mejor apuesta.

#### FENG-SHUI CON POCO HIELO

El feng-shui —que, por cierto, se pronuncia *fung-shuei*, lo que suele dar igual— es una creencia china (o, según sus adeptos, un sistema filosófico) que pretende armonizar la vida de la gente con los elementos energéticos y telúricos de la naturaleza.

Dicho de otro modo, el feng-shui es la idea de que poner tus muebles y elementos de decoración donde no debes puede matarte y destruir tu vida, y no precisamente porque se te haya olvidado anclar tu librería de Ikea y caiga sobre ti con todo el aterrador peso de la obra completa de Paulo Coelho encuadrada en piel de rinoceronte.

O en otras palabras, el feng-shui es la decoración de interiores llevada al absurdo con unos precios más altos que los de cualquier decorador de interiores que haya estudiado arquitectura e historia del arte. Con la ventaja añadida de que uno puede ser «consultor feng-shui», nombre que impresiona con gran contundencia, sin estudiar prácticamente nada. Basta con leer cuatro o cinco páginas web y está usted listo.

Pero esta creencia/sistema filosófico/decoración de interiores incorpora muchos de los conceptos esenciales para las creencias que adopta la izquierda feng-shui.

Aquí conviene hacer una confesión: cuando llamé «izquierda feng-shui» a la vertiente esotérica de esta tendencia, ni siquiera estaba pensando en las características de esta disciplina, simplemente resultaba eufónico. Pero el nombre tuvo cierto éxito y, además, resulta bastante descriptivo, sin excesos. Otros la han llamado izquierda *new age*, kumbayá (por la canción espiritual que los *scouts* solían cantar en torno a sus fogatas y que el folk y la canción protesta rescataron como canto de unidad *hippy* en la década de 1960), posmo —por su identificación con el relativismo posmoderno—, mística o magufa —una combinación de «maga» y «ufóloga»—, mientras que algunos se refieren a ella como la sección esotérica de la izquierda regresiva o reaccionaria.

La idea es clara: define a la parte de la izquierda caracterizada por su misticismo, su adscripción a la anticiencia y su actitud contrailustrada. Una parte que no es forzosamente privativa de ningún partido, grupo, organización o sindicato de izquierda, y que además no siempre se expresa directamente a través de ellos. Así, por ejemplo, el peligrosísimo Josep Pàmies (véase «Tradiciones y ficciones de la salud» en el capítulo 7) recorre España diciendo que la medicina es mortal y que él puede curar el cáncer, el ébola, el sida y la diabetes; al mismo tiempo, algunos partidos locales le abren las puertas de las escuelas públicas, como ocurrió cuando Mario Suárez del Fueyo, director del colegio público Jovellanos y secretario general de Podemos Gijón, le permitió en dos ocasiones utilizar esa escuela pagada con el dinero de todos para difundir su mensaje brujeril. O la monja Teresa Forcades, quien ataca la medicina en una serie de vídeos y, como contrapartida, ofrece cursos de una curación imaginaria llamada EFT (siglas de Emotion Freedom Technique, es decir, Técnica de Liberación Emocional) que pretende resolver los problemas de salud golpeando puntos mágicos del paciente con las puntas de los dedos. Sin olvidar las ONG de ecologistas políticos, las plataformas antiantenas y antiwifi, las organizaciones antivacunas y de autogestión de la salud, las de comercio justo, antibiotecnología y veganismo... Todas se presentan y se autoproclaman,



en mayor o menor medida, de izquierda, progresistas y comprometidas con las mejores causas.

Con amigos así...

Los principios básicos del feng-shui son la base de todas las creencias místicas de la antigua China y de su refrío occidental del último medio siglo, y un buen ejemplo del esquema esotérico y divorciado de los datos que caracteriza al pensamiento de esa parte de la izquierda. En primer lugar, está la creencia en una energía misteriosa, indemostrable, que nadie ha visto nunca pero a la que se le atribuyen poderes maravillosos: el *chi*. O *ki*. O *qi*, desafiando a la ortografía española con audacia. Literalmente, *chi* significa «aire» o «espíritu», aunque en las creencias chinas se refiere concretamente a «la energía vital». Esa creencia fue compartida por todas las culturas anteriores al conocimiento científico. Nuestros ancestros vieron, seguramente con asombro, las diferencias notables entre el mundo vivo y el no vivo, que parecía bastante clara antes de que se pusiera en cuestión la definición de la vida al conocer virus, priones y otros elementos situados en una zona «gris» de la existencia. La explicación que se propusieron esas culturas fue que había una fuerza, una sustancia misteriosa, una energía mística que daba la vida. Cuando un ser perdía esa energía, procedía a morir. Después, con el desarrollo de la química y la biología, se vio que los procesos de la vida son químicamente explicables sin fuerzas misteriosas. Algo que, por supuesto, los místicos no aceptan.

Para los chinos, esta energía lo impregnaba todo en el universo y fluía para sostener la vida a través de sus dos polos, el yin y el yang, complementarios y contradictorios. Así, el yin, la fuerza femenina, tiene como características lo negativo, la noche y la intuición, mientras que el yang, el polo masculino, se identifica con lo positivo, el día y la lógica. Las adaptaciones y adopciones culturales han hecho que se atribuyan a ambos conceptos distintos atributos, como los de «cerebro izquierdo» y «cerebro derecho», una hipótesis de división del trabajo ya totalmente refutada y superada, pero que sobrevive en la cultura popular.

Para cualquier progresista que se respete, identificar lo femenino con lo oscuro y lo intuitivo resulta, cuando menos, algo sexista —y si lo dice una alta personalidad se arriesga a una filípica, e incluso a una condena directa—, pero cuando se trata de las culturas milenarias, la izquierda feng-shui omite cualquier debate acudiendo a uno de los trucos clásicos de la teología cristiana y aduciendo que se trata únicamente de una metáfora, una alegoría que no debe tomarse demasiado en serio. Lo mismo que responden los sacerdotes —los que no son literalistas e integristas— cuando se les señala que la evidencia geológica demuestra que el mundo no pudo crearse en una semana.

Fuera como fuere, el *chi* lo empapa todo y fluye por doquier.

El término *feng-shui* significa literalmente «viento-agua», lo que hace referencia al segundo principio básico de las creencias chinas. Si los antiguos griegos creían que el universo se componía de cuatro elementos —aire, agua, tierra y fuego—, para los chinos eran cinco: fuego, tierra, metal, agua y madera. Además, a estos cinco elementos correspondían otros tantos animales celestiales, muy importantes para el feng-shui por sus colores y su orientación cardinal: el dragón (verde, este, madera), el tigre (blanco, oeste, metal), la tortuga (negro, norte, agua), la serpiente (amarillo, centro, tierra) y el fénix (rojo, sur, fuego).

Sin embargo, la idea del feng-shui que se ha impuesto en Occidente consiste en disponer los edificios, las tumbas, las puertas y ventanas, el mobiliario y la decoración de modo que todo tenga un *chi* favorable. ¿Cómo se sabe esto? Depende.

Para la «escuela de la forma» del feng-shui, lo principal son los elementos alrededor de una casa (por ejemplo, árboles, montañas y ríos) y una consideración más o menos lógica de disponer la edificación por donde el *chi* fluya mejor. La «escuela de la brújula», en cambio, utiliza la adivinación empleando una brújula que se lee desde el frontal de la edificación para luego elaborar una carta geomántica (adivinación por la tierra), sobre la cual se interpretan los colores y las direcciones para disponer las puertas, ventanas y tamaños de las habitaciones, pero de una manera tan vaga que recuerda cómo las

precisas cartas natales de la astrología permiten hacer interpretaciones caprichosas y aleatorias.

Finalmente, la «escuela del sombrero negro» es la más exitosa en la actualidad. Sus entusiastas le atribuyen una historia de más de cuatro mil años, cuando en realidad fue fundada en 1986 por Thomas Lin Yun o, como lo llaman los adeptos a su secta de budismo tántrico, Su Santidad el Gran Maestro Profesor Thomas Lin Yun. Esta escuela se basa en el «mapa Bagua», que se superpone a un croquis adaptado de la planta de una casa o piso utilizando como punto de referencia la puerta de entrada. El mapa Bagua es una matriz de  $3 \times 3$  cuadrados, a cada uno de los cuales se le asigna una serie de características. Por ejemplo, el cuadrado superior izquierdo corresponde a la riqueza y abundancia, su color es el morado y designa el lugar ideal para poner objetos artísticos y de colección, jarrones, estatuas, plantas de hoja redonda (?), fruteros y objetos rectangulares (??), entre otras cosas. Además, indica la zona idónea para poner agua en movimiento, como acuarios, fuentes o cascadas. Todo lo cual ya anuncia que este mapa no está destinado a las masas asalariadas. Lo que nadie dice es cómo se creó este mapa, que simplemente parece inventado.

Y si no posee un mapa Bagua, no se preocupe: la escuela de Su Santidad Lin Yun indica que se deje guiar por su percepción, es decir, por si tal mueble se siente bien o no en tal o cual sitio. Si después algo le va mal en la vida, habrá sido culpa suya por no atender.

Los principios generales del feng-shui pueden parecer caprichosos unas veces y obvios o simple magia otras. Por ejemplo, si la casa tiene forma irregular, sus practicantes sugieren que inducirá el caos en la vida familiar; la razón es la magia simpática o representativa, basada en el mismo principio que lleva a creer que el cuerno de rinoceronte cura la impotencia porque parece un falo erguido, o que pinchar un muñeco de vudú hará que la persona representada sufra. También recomiendan que no haya demasiado ruido a su alrededor —como si lo normal fuese buscar vivienda en un lugar donde el ruido no deja dormir—, ni que esté cerca de cementerios, depósitos

de cadáveres, funerarias, agua estancada, edificios abandonados, clubes nocturnos, comisarías de policía, salas de urgencias, mataderos, aeropuertos o ferrocarriles, lo que deja pocos espacios vitales oficialmente aceptables. La parte trasera de una casa debe estar protegida por una montaña, vegetación u otro edificio, pero el frente debe estar libre para que el *chi* pueda entrar. Algunos de los expertos consultados afirman, por algo son grandes conocedores del feng-shui, que es conveniente que los vecinos sean tranquilos y ordenados, algo que a ningún profano se le habría ocurrido por sí mismo.

Dado que es difícil conseguir demasiados contratos para decir a los ingenieros y arquitectos cómo hacer su trabajo, entre los ejemplares más comunes de esta disciplina —llamémosla así— están quienes al mismo tiempo son consejeros de feng-shui y decoradores de interiores. Estos afirman que, gracias a sus valiosos conocimientos, pueden armonizar el entorno con la persona. Claro que esto podría significar simplemente algo así como crear un ambiente que guste al propietario —como, por ejemplo, decorar la casa de Donald Trump con abigarrados elementos de pésimo gusto—, pero cuando se redefine mediante la frase «alinear la energía de su interior con la de su hogar» empieza a percibirse como algo que vale la pena pagar. Jugando con los colores, la posición y los materiales a partir de interpretaciones vagamente fundamentadas en los cinco animales celestiales y sus significados, cualquier decorador venido a más puede disfrazar de esoterismo una afirmación como —lo juro, la he visto en la página web de uno de estos «profesionales»— que el peor error de feng-shui en un salón es poner el sofá demasiado lejos de los otros sillones, lo que no es bueno para la conversación. Son trescientos euros. Gracias.

Con la preocupación creciente sobre la contaminación ambiental, el pánico a las antenas de telefonía móvil, la salud amenazada incesantemente e ideas como la sostenibilidad y armonía con el medio ambiente, el feng-shui empezó a difundirse ampliamente desde que, en la década de 1950, el médico y estudioso británico Joseph Needham publicó su serie de libros titulada *Ciencia y civilización en China*. Aunque el propio Need-

ham señaló que el feng-shui era una seudociencia, consideró que tenía alguna influencia en el diseño de los espacios estéticamente placenteros de la cultura china. De hecho, la serie de Needham no sólo llevó la idea del feng-shui a Occidente, sino que reavivó el interés por la práctica en la propia China. Y ayudó al resurgimiento de una práctica similar de arquitectura sagrada en la India, el vastu.

Los practicantes de vastu compiten ferozmente hoy en día con los del feng-shui para hacerse con los contratos de diseño de interiores para ricos despistados, como la elite de Hollywood.

En España, los «expertos» en feng-shui son muy apreciados por cierta parte de la población y se han logrado colar en espacios donde cualquier análisis serio de sus propuestas provocaría carcajadas, con cursos en ayuntamientos —los de Eranadio (Vizcaya) y Alicante— y en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, así como con una conferencia en el Colegio de Geólogos del País Vasco. Al parecer, los practicantes de vastu son menos abundantes... de momento.

El *chi*, los cinco elementos, sus correspondientes animales celestiales y otros aspectos esenciales para el feng-shui son también parte de la medicina china, las artes marciales, las prácticas místicas y meditativas, el yoga en sus diversas formas, el sistema de adivinación recogido en el libro I Ching y otras supersticiones más o menos peligrosas. El *chi* es, supuestamente, la energía que fluye por el cuerpo humano y que manipulan la acupuntura o la moxibustión, entre otras prácticas, y también el concepto clave en la disciplina del qi-gong o chi-kung.

Una manipulación que puede costar la vida, como le ocurrió a todo un emperador.

Los antiguos chinos, como otras culturas orientales, creían que el *chi* del hombre está concentrado en su semen, de modo que cada vez que un hombre eyacula avanza hacia la muerte. Practicar sexo sin derramar este fluido vital es uno de los objetivos de las prácticas místicas orientales, incluida la eyaculación hacia dentro. Y aunque esto pueda parecer un concepto antiguo, no es extraño encontrar referencias a él en el mundo moderno, ya sea en foros de deportistas o en escuelas de yoga tántrico.

La creencia establece que si se conserva el *chi*, se puede vivir eternamente. Ésa fue la obsesión del primer emperador chino, Qin Shi Huang (o Shihuangdi), el creador del famoso ejército de guerreros de terracota de Xian, quien envió delegaciones a recorrer todo su imperio en busca de ciertos espíritus poderosos y hierbas mágicas para conseguir la inmortalidad. Mientras esperaba su regreso, Qin Shi Huang decidió tomar mercurio a diario porque existía la creencia de que esta sustancia alargaba la vida, algo que aún mantiene la «medicina» tradicional china, la cual sigue incluyendo entre sus remedios el *zhu-sha* —cinabrio, es decir, sulfuro de mercurio— para tratar diversos síntomas.

Pero el mercurio es venenoso. En algunas de sus formas y si se ingiere en gran cantidad, se acumula en el cuerpo humano y causa daños irreparables. Así le ocurrió probablemente a Qin Shi Huang, quien, buscando vivir para siempre, murió intoxicado por esta sustancia a los cincuenta años de edad.

NO ESTÁ CIENTÍFICAMENTE DEMOSTRADO... ¿Y?

Pobre ciencia. Tan rigurosa, tan de blanco, tan inocente y tan culpable. Tan indispensable para el funcionamiento de nuestro mundo y, al mismo tiempo, tan sospechosa, tan extraña, tan incomprensible e incomprensida. Tan esforzada en comprender el universo y en desentrañar asuntos tan complejos como la energía y la materia oscuras, el funcionamiento de la dotación genética de los seres vivos o la curación y prevención del alzhéimer y otros alifafes que padecemos los humanos. Y, sin embargo, tan mal vista, tan mal entendida, por una sociedad que pocas veces muestra interés en comprenderla.

Pero es que la ciencia, y ahí empiezan los problemas, no existe como tal, no es una persona, una señora con un microscopio, un señor de bata blanca, un edificio o un libro. Cuando alguien escribe «la ciencia dice» o «la ciencia ha comprobado» comete un error que los expertos en lógica denominan «reificación», es decir, dar cualidades humanas a algo que no las

tiene. Incluso el concepto mismo de ciencia puede significar tres cosas distintas. Al menos.

En primer lugar, la ciencia es el conjunto de métodos utilizado para entender el universo cotejando nuestras ideas con la realidad y sometiendo las conclusiones a la verificación independiente, es decir, a que otra persona pueda aplicar los mismos métodos y obtener los mismos resultados. Es lo que en ciencia se llama «replicabilidad». Imagínese que Newton hiciera pasar la luz del sol por un prisma y obtuviera las líneas del espectro que conocemos, mientras que otro científico, con un prisma igual y en las mismas condiciones, consiguiera un bonito patrón de tartán escocés... Las observaciones de Newton carecerían entonces de valor probatorio y habría que averiguar por qué se había dado tal diferencia. Pero si cualquiera puede emplear un prisma y obtener los mismos resultados, entonces las observaciones del genio inglés se habrán verificado independientemente y podrá decirse, con razonable certeza, que son verdaderas.

Por tanto, existen varios métodos científicos, según la investigación que se siga o el asunto estudiado. Es común confundir el método experimental con el científico, por los enormes éxitos que la experimentación en condiciones controladas ha conseguido al analizar fenómenos de la química, la física o la biología. Pero hay disciplinas de la ciencia en las que no se puede experimentar. Por ejemplo, con el cosmos, ya que sólo podemos observar el universo ante la imposibilidad de manipular estrellas, galaxias, planetas y otros elementos. La precisión y fiabilidad de las observaciones no se confirmarán repitiendo el experimento en el laboratorio, sino mediante otros observadores que, de modo independiente, obtengan los mismos resultados. Así que tenemos la observación sistemática y la experimentación. Y también los métodos matemáticos y de medición. Lo que los une es precisamente la verificación independiente, la homogeneidad que nos permite suponer con razonable certeza que describimos la realidad de modo adecuado.

Pero, en segundo lugar, la ciencia también es el conjunto de conocimientos obtenidos mediante esos varios métodos.

Lo que sabemos sobre la química orgánica, las costumbres del pato criollo, la gravedad en Plutón o el diseño de microcircuitos es, también, ciencia. Una de sus características más interesantes es que esos conocimientos forman un todo coherente, es decir, la física determina el funcionamiento de la química, que es la responsable de la biología, una de cuyas manifestaciones es la psicología. No hay posibilidad de trocear el conocimiento y aceptarlo según convenga.

Y, en tercer lugar, la ciencia es también un fenómeno social: el conjunto de los científicos del mundo. Esto es aún más vago, y está sujeto a los devaneos propios de la condición humana, porque los científicos, sin importar cuántas películas de Hollywood sugieran lo contrario, son humanos de lo más corriente que fallan, engañan y actúan de modo egoísta como cualquier otra persona. En general son, como todos los demás grupos humanos, buenos tipos, pero más allá de su disciplina de estudio en nada se diferencian de un futbolista, un ebanista o un poeta. Algunos son muy inteligentes, otros no tanto; la mayoría actúan con honestidad, pero también hay pillos. Como grupo que maneja conocimientos que interesan a quienes tienen el poder político y económico, pueden verse sujetos a diferentes tipos de presiones. Pero, como siempre, las deshonestidades, las corrupciones y las malas prácticas deben demostrarse caso por caso y, por supuesto, adjudicárselas en general a todo un grupo es una injusticia, porque la mayoría resiste las presiones más graves e incluso las denuncia, dando ejemplo.

Todo esto suena demasiado complicado para quien dice «la ciencia inventó la bomba atómica» y se queda feliz, como si hubiera descubierto un argumento irrefutable en contra de todo lo que huele a ciencia.

Pero uno de los fenómenos que da valor a la ciencia es, precisamente, el constituir la disciplina en la que resulta más difícil ser deshonesto. Cuando alguien obtiene un resultado llamativo, seguramente otros científicos, con distintos intereses, en distintas instituciones y en otros países y continentes, tratarán de replicarlo. Y si no lo consiguen, sólo hay dos posibilidades: un error honrado o un fraude. No es tan difícil averiguar cuál es el caso.



Un ejemplo fue el anuncio del «descubrimiento» de la fusión en frío por parte de dos respetados científicos en 1989. A diferencia de la fisión nuclear, en la que se obtiene energía cuando el núcleo de un elemento radiactivo se divide, la fusión nuclear lo consigue uniendo o fusionando, precisamente, dos núcleos. Es la fuente de energía del Sol, un enorme horno nuclear donde los átomos de hidrógeno se unen formando otros de helio y produciendo energía en el proceso. Desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, algunos físicos atómicos han trabajado buscando crear un reactor de fusión nuclear que ofrezca a la humanidad energía barata y mucho menos contaminante que todas las demás a nuestra disposición. El problema de la fusión es que requiere contener grandes cantidades de plasma de hidrógeno a una enorme presión y temperatura en, por ejemplo, un campo magnético muy poderoso, para que se produzca una reacción continua. Los reactores experimentales han resultado inviables por el momento.

Existe la hipótesis de que podría haber una reacción de fusión que ocurriría a temperatura ambiente y en condiciones menos exigentes. Descubrir una reacción así cambiaría radicalmente nuestras vidas. Y es lo que muchos esperaron cuando dos reputados electroquímicos, el británico Martin Fleischmann y el francoestadounidense Stanley Pons, anunciaron en una rueda de prensa el 23 de marzo de 1989 que habían conseguido «una reacción de fusión nuclear sostenida». Poco después, publicaron su trabajo en la revista *Journal of Electroanalytical Chemistry and Interfacial Electrochemistry*.<sup>1</sup> Cientos, si no miles, de investigadores en todo el mundo se lanzaron a replicar sus resultados, que, de ser ciertos, hacían realidad el sueño de energía barata, no contaminante y sostenible.

Nadie lo consiguió. El artículo se consideró descuidado, fraudulento, incompleto, irreproducible, impreciso y poco ético. Ambos científicos cayeron en desgracia, aunque la empresa japonesa Toyota creyó en ellos lo suficiente como para financiar un proyecto de investigación sobre el tema que duró seis años, tuvo un elevado coste y acabó sin ofrecer ningún resultado alentador.

En este caso, al parecer, hubo descuido y falta de profesionalidad, pero en otros —como el de Andrew Wakefield, quien inició el moderno movimiento antivacunas (véase el capítulo 7)— ha habido fraude malintencionado.

Esta capacidad de autocorrección de la ciencia es uno de los elementos ignorados con más frecuencia por quienes hacen a un lado los resultados diciendo que «los científicos dirán lo que quienes pagan ordenen» o que «la ciencia es sólo una opinión».

La ciencia es parte del poder, por supuesto. Pone las bases de la tecnología, y nuestra realidad social, en todo el mundo, es esencialmente tecnológica. Al rechazar la autoridad de la ciencia, la izquierda feng-shui considera que ataca uno de los pilares de una sociedad a la que rechaza, de un sistema que no sólo desprecia, sino al que pretende derrumbar y sustituir con algo mejor.

De modo que si algo no está científicamente demostrado —o, peor, se ha demostrado científicamente que no es verdad—, tiene el enorme atractivo de ser rebelde, antisistema y oponerse a lo establecido. A cualquier coste. Todo lo que se considera científicamente demostrado se pone en duda porque no hay forma de saber si es verdad o no. Y si se responde que sí la hay, que esa forma son los métodos de la ciencia, la respuesta es una mayor incredulidad porque esos métodos son ajenos en general al concepto de la realidad que tiene la izquierda esotérica.

Pero algunos descubrimientos, hechos o investigaciones científicas sí son aceptados, respetados y adoptados por esta visión del mundo: los que sustentan alguna de sus creencias, generando así el sesgo de confirmación. Frente a 1.783 estudios seleccionados por su rigor y analizados cuidadosamente para determinar la validez de sus resultados que indican que los transgénicos son completamente seguros,<sup>2</sup> basta un único estudio cuestionado por su falta de rigor y seriedad en el que se afirma que el consumo de un producto transgénico causa cáncer para que, automáticamente, esos 1.783 estudios y sus metaanálisis se desestimen por ser «poco fiables y producto del sistema», mientras que el estudio mal hecho, tendencioso y dudoso es «una prueba científica irrefutable». Y cuando este

último es retirado por la misma publicación científica que lo admitió en primer lugar;<sup>3</sup> se proclama que todo es parte de una conspiración contra un rebelde que se enfrenta al «sistema».

Sin embargo, la desconfianza en el sistema y el rechazo a la ciencia no impiden, por supuesto, que la izquierda mística difunda sus ideas por internet, viaje en avión, utilice gafas o emplee toda la tecnología conveniente aunque, siguiendo sus suposiciones, nunca esté «suficientemente demostrada».

Conviene añadir que, en realidad, nada está científicamente demostrado al cien por cien. La ciencia no trata con verdades absolutas y definitivas, sino con aproximaciones sucesivas a los hechos. La ciencia hace modelos y los compara con la realidad; si se ajustan a ésta y pueden predecirla, se los considera razonablemente certeros y se añaden al conocimiento científico. Si mañana hay otras observaciones de la realidad a las que no se ajusta el modelo —como pasó cuando Einstein vio escenarios en los cuales la teoría de la gravitación universal de Newton no describía con exactitud lo que pasaba—, se construye otro modelo distinto, o se afina el anterior para que sea más preciso. Pero eso no significa que la mecánica de Newton sea falsa, sino simplemente que se trata de un caso particular a cierta escala pero que no se aplica a otras muy grandes, como el universo, o extremadamente pequeñas, como el mundo subatómico.

Dicho de otro modo, no se ha demostrado que las ecuaciones de Newton sean falsas. Y se siguen empleando para todos los acontecimientos a nuestra escala porque son eficaces, precisas y cómodas. Se podría recurrir a las ecuaciones de la mecánica cuántica para calcular las cargas de las columnas de un edificio, por supuesto, pero sería como matar moscas a cañonazos.

En su desconfianza —o rechazo decidido— a la ciencia, la izquierda feng-shui ha contado con los argumentos de una serie de filósofos que han puesto en duda (filosófica) la efectividad de la ciencia y su método, como Karl Popper, Paul Feyerabend o Thomas Kuhn, quienes han argumentado contra la fiabilidad de la ciencia y sus métodos. En favor de la ciencia hay que decir al menos tres cosas. Primero, que pese a las firmes críticas de estos filósofos y sus seguidores, sus conocimientos siguen fun-

cionando; los aviones no han dejado de volar; internet nos permite comunicarnos, informarnos y desinformarnos; la medicina avanza y nuestros teléfonos son cada vez más complejos y útiles, por poner unos pocos ejemplos. Segundo, que los procesos de autocorrección y avance gradual hacia conocimientos más precisos han seguido su camino con bastante eficiencia. Y tercero, que pese al rechazo teórico a la ciencia, aún no se ha diseñado una aproximación más eficaz para conocer la realidad y hacer modelos de ella que nos permitan manipularla, así que quienes la denigran no por ello dejan de tener ordenador, móvil, nevera, televisión y acceso —si pueden— a la sanidad pública.

Que no es poca cosa.

Por desgracia, también hay que añadir que, en la guerra contra la ciencia y la tecnología, la izquierda ha sido tristemente más eficaz que la derecha. En algunos países, esta última se limita a reducir la financiación a la actividad científica esperando que la empresa privada se ocupe del asunto, algo que pocas veces ha dado buenos resultados porque la ciencia florece, sobre todo, gracias a la inversión pública (la privada es mucho menos audaz, lógicamente). Pero ha sido la izquierda la que más eficazmente se ha opuesto a avances tecnológicos de los que hablaremos más adelante, como los cultivos transgénicos o algunos usos de la energía nuclear, y ha obstaculizado la investigación misma en esos temas, así como los estudios con animales —cuando son necesarios— y las bases genéticas de algunos aspectos de la experiencia humana, especialmente el comportamiento.

La llamada «corrección política» ha sustituido en no pocos casos a la ciencia, ya sea cuando el conocimiento científico apunta en una dirección que ideológicamente se considera inadecuada, o cuando rehúsa sustentar las ideas que se consideran aceptables.

Y, sin embargo, que algo esté o no científicamente demostrado sigue teniendo relevancia. Es nuestra única manera de conocer realmente cosas significativas acerca del universo a todos los niveles, incluido el ámbito social.